

CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA

LXXXIX ASAMBLEA PLENARIA

Bogotá, D.C., 5 al 9 de julio de 2010

LA IGLESIA QUE DIOS QUIERE EN LA EVANGELIZACIÓN DE LO CULTURAL

INTRODUCCIÓN

Agradezco al Señor Presidente de la Conferencia Episcopal, Monseñor Rubén Salazar Gómez, la invitación para participar en este panel sobre “La Iglesia que Dios quiere en la nueva evangelización”.

Centraré la atención en tres aspectos: en primer lugar la evangelización y necesidad de conversión, como condición para la evangelización de la cultura, ya que ésta se hace al interior de la misma, como vivencia – testimonio del Evangelio; en segundo lugar tres temas fundamentales: cultura, inculturación del Evangelio y paradigmas, que nos ayuda a comprender el camino para evangelizar la cultura; en tercer lugar unos estímulos doctrinales y pistas metodológicas para llevar adelante este trabajo, que se convierte, a la vez, en un reto.

Las pistas doctrinales y metodológicas están acompañadas de unas notas complementarias y todo esta tercera parte tiene la finalidad de estimular la creatividad para formular paradigmas, que nos permitan adentrarnos en el complejo mundo de las culturas, para inculturación del evangelio.

Abrigo la esperanza que estas pistas nos ayuden, también, en la formulación de nuestros planes pastorales, pues percibo, que con mucha frecuencia, sus contenidos, simplemente los copiamos, los repetimos, de los manuales, cuando con nuestras comunidades, teniendo como horizonte esos contenidos, podrían elaborar los propios, con sus propias palabras y “sintiendo” sus propias necesidades.

I. EVANGELIZACIÓN Y NECESIDAD DE CONVERSIÓN

“Juan Pablo II, al hablar de la evangelización, hacía notar que ésta “no consiste en un nuevo evangelio, que surgiría siempre de nosotros mismos, de nuestra cultura, de nuestros análisis, de las necesidades del hombre. Por ello, no sería evangelio sino una mera invención humana, y no habría en él salvación. Tampoco consiste en recortar del Evangelio todo aquello que parece difícilmente asimilable a la mentalidad de hoy. No es la cultura la medida del Evangelio, sino Jesucristo la medida de toda cultura y de toda obra humana” (Discurso en la inauguración de la IV Asamblea del CELAM, 12-10-1992).

El mismo Santo Padre afirma que “se trata de una nueva evangelización para proclamar el Evangelio de siempre, pero de una forma nueva. Es nueva porque el ambiente social y cultural en que viven los hombres a quienes hay que evangelizar exige muchas veces una nueva síntesis entre fe y vida, fe y cultura. En efecto, muchos cristianos viven hoy en medio del indiferentismo, del secularismo y de difundidas actitudes de ateísmo práctico. A esto se une una concepción materialista de la vida y una permisividad moral” (Discurso a los Obispos de las provincias eclesiásticas de Burgos, Zaragoza y Pamplona, en Visita ad Limina, 7-10-1991).

Por lo tanto, el trabajo que nos proponemos mantiene la fe viva y la doctrina auténtica de la Iglesia y busca responder a las sensibilidades actuales de nuestras culturas con nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones.

Al dejar claro lo que se entiende por nueva evangelización, que viene necesariamente a coincidir, en el caso nuestro, con la evangelización de la cultura, es fundamental tener muy presente que: “La misión evangelizadora de la Iglesia significa ante todo, vivir el Evangelio cada vez más profundamente” (Discurso a los Obispos de Nigeria en Lagos, 16-2-1982).

Por eso, la primera llamada, para la evangelización de la cultura, es una llamada a la conversión. Sin desconocer la honradez y entrega generosa al Evangelio, en nuestro Episcopado Colombiano, necesitamos de la misericordia de Dios, que bondadosamente se acerca a nosotros para hacernos criaturas nuevas, cada vez más parecidas al Señor Jesús.

Necesitamos, continuamente, la fuerza sanadora del Espíritu, para que haga nuestro corazón cada vez más humano, cada vez un corazón más de carne. Entre las virtudes del Obispo, que pide el Directorio para el Ministerio

Pastoral de los Obispos, quiero resaltar el de la calidad pastoral, la cual exige de nosotros una continua conversión. “La vida del Obispo, gravada por tantos pesos y expuesta al riesgo de la dispersión a causa de la múltiple diversidad de las ocupaciones, encuentra su unidad interior y la fuente de sus energías en la caridad pastoral, la cual, con razón, debe decirse vínculo de la perfección episcopal, y es como el fruto de la gracia y del carácter del sacramento del Episcopado. “San Agustín define la totalidad de este ministerio episcopal como *amoris officium*. Esto da la seguridad de que en la Iglesia nunca faltará la caridad pastoral de Jesucristo”. La caridad pastoral del Obispo es el alma de su apostolado. “No se trata solamente de una *existentia*, sino también de una *pro-existentia*, esto es, de un vivir inspirado en el modelo supremo que es Cristo Señor, y que, por tanto, se entrega totalmente a la adoración del Padre y al servicio de los hermanos” (n. 38).

“Inflamado por esta caridad, el Obispo sea llevado a la pía contemplación e imitación de Jesucristo y de su diseño de salvación. La caridad pastoral une al Obispo con Jesucristo, con la Iglesia, con el mundo que hay que evangelizar, y lo hace idóneo para desempeñarse como embajador de Cristo (cf. 2 Co 5, 20) con decoro y competencia, para gastarse cada día en favor del clero y del pueblo que se le ha confiado, y a ofrecerse como víctima sacrificial en favor de los hermanos. Habiendo aceptado el oficio de Pastor con la perspectiva no de la tranquilidad sino de la fatiga, el Obispo ejercite su autoridad en el Espíritu de servicio y la considere como una vocación a servir a toda la Iglesia con las mismas disposiciones del Señor” (n. 39).

El mismo documento, al referirse al gobierno pastoral, nos pide ser padre y pastor de la Diócesis: “El Obispo, en el ejercicio de su ministerio de padre y pastor en medio de sus fieles, debe comportarse como aquel que sirve, teniendo siempre bajo su mirada el ejemplo del Buen Pastor, que ha venido no para ser servido, sino para servir (cf. Mt 20, 28; Mc 10, 45) y dar su vida por las ovejas” (n. 158).

Me parece que estamos viviendo tiempos difíciles, tiempos de crisis, tiempos de cambio de época y percibo un espíritu, un tanto lejos, del espíritu del Concilio Vaticano II. Me parece que se ha dormido, un poco, el coraje y las fuerzas tan grandes que suscitaron y dieron vida al Concilio. Tengo la impresión que nos hemos replegado, un tanto, hacia adentro y estamos, muchas veces, en actitud defensiva. El Concilio planteó una Iglesia abierta, audaz, con una mirada hacia un amplio horizonte y yo, en primera persona, me pregunto ¿cuáles son los grandes horizontes de mi Diócesis, de la Iglesia colombiana? ¿Cuáles han sido nuestras audacias, en el anuncio del Evangelio? ¿Cuáles son las nuevas expresiones, los nuevos métodos que hemos implementado? ¿Cuáles son las características de nuestro nuevo ardor?

Surge la necesidad de la gracia del Señor, para responder a los exigencias del momento, con el espíritu del Concilio, sabiendo aprovechar la experiencia de los años posconciliares, para no repetir equivocaciones, que como hace notar el Cardenal Ratzinger, no se debieron al Concilio, sino a su interpretación. Es necesario el don de la conversión, que viene de lo alto.

Quiero anotar dos aspectos importantes de conversión, por la sensibilidad de la cultura actual y por la importancia de los mismos. Oración y pobreza.

Necesitamos ser: *una Iglesia más orante*, mucho, más orante. No hemos de tener temor de dedicar más tiempo a la oración personal y comunitaria. De dedicar grandes espacios a ella en nuestras asambleas, reuniones diocesanas, parroquiales.

En la medida que el Señor Jesús entra en nuestros corazones, en nuestras asambleas, diócesis, parroquias, van desapareciendo los miedos que nos frenan y los pensamientos de Dios, van dirigiendo nuestros pasos.

Necesitamos ser: obispos más pobres y cercanos. La figura maravillosa del Papa Bueno, es un estímulo para imitar su estilo pastoral. Pienso que a veces somos autoritarios, un poco duros con los demás, a veces, distantes y algo autosuficientes.

Hemos de pedir, continuamente el don de la conversión, para ser “pobres de espíritu”, “pequeños ante Dios”, alejados del boato, la comodidad y con un corazón generoso, libre de apegos terrenales y abierto para acoger y amar y a todos, al estilo de Jesús, Buen Pastor.

Hecha la invitación a la conversión, que considero fundamental y condición para todo el trabajo de la evangelización de la cultura, pasamos a un segundo tema: conceptos fundamentales, que tienen que ver directamente con el tema que estamos tratando y que delimito a cultura, inculturación y paradigma.

II. CONCEPTOS FUNDAMENTALES

LA CULTURA

Son muchísimas las definiciones que encontramos sobre el concepto cultura, que están determinadas por las diversas ciencias como la antropología, la sociología, la filosofía, la cultura de la imagen...

En este trabajo, nosotros asumimos la definición de cultura que ofrece la *Gaudium et Spes*.

“Que ha de entenderse por cultura: con la palabra cultura se indica, en general, todo aquello con que el hombre afina o desarrolla, en formas variadísimas, las facultades de su espíritu y de su cuerpo, con las que pretende someter a su dominio, con el conocimiento y el trabajo, incluso el orbe terráqueo; logra ser más humana, mediante el progreso de costumbres e instituciones, la vida social, tanto en lo familiar como en todo el mecanismo civil; y, finalmente, consigue expresar, comunicar y conservar profundas experiencias y ambiciones espirituales en sus obras a lo largo de los tiempos, que puedan servir luego al beneficio de los demás, mejor dicho de todo el género humano” (53, 2).

Esta definición ilustra los varios aspectos de la cultura¹

El primer aspecto es de orden antropológico; la cultura es aquello que distingue al hombre y lo separa de otros vivientes, desde la fase del *Homo Habilis*.

El segundo aspecto es de orden humanístico; insiste en la dignidad del hombre y su misión de Rey de la creación ejercitada a través del conocimiento y el trabajo.

El tercer aspecto es de orden social; pone el acento sobre la transformación de la vida social, familiar, civil, a través del progreso constante de costumbres y de instituciones.

El cuarto aspecto concierne a la cultura como patrimonio del hombre, de los grupos humanos y de la humanidad. Incorpora las experiencias históricas, estéticas y religiosas, artísticas y musicales, sagradas y profanas, artesanales y técnicas, morales y sociales y demuestra que estas experiencias dan lugar a la constitución de un capital simbólico al servicio de las generaciones sucesivas.

Este concepto de cultura nos permite valorar mejor los alcances de la afirmación de Aparecida con relación al cambio de época y la importancia de comprender uno de los fenómenos fundamentales íntimamente unido: **los cambios de paradigma**. Dice Aparecida:

“Vivimos un cambio de época cuyo nivel más profundo es el cultural. Se desvanece la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y

con Dios; “aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo... Quien excluye a Dios de su horizonte, falsifica el concepto de la realidad y sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas. Surge hoy con gran fuerza una sobrevaloración de la subjetividad individual. Independientemente de su forma, la libertad y la dignidad de la persona son reconocidas. El individualismo debilita los vínculos comunitarios y propone una radical transformación del tiempo y del espacio, dando un papel primordial a la imaginación. Los fenómenos sociales, económicos y tecnológicos están en la base de la profunda vivencia del tiempo, al que se le concibe fijado en el propio presente, trayendo concepciones de inconsistencia e inestabilidad. Se deja de lado la preocupación por el bien común para dar paso a la realización inmediata de los deseos de los individuos, a la creación de nuevos y muchas veces arbitrarios derechos individuales, a los problemas de la sexualidad, la familia, las enfermedades y la muerte” (Aparecida, n.44).

Son muchísimas las posibilidades que se le ofrecen a la Iglesia para el anuncio del Evangelio, en esta nueva época de la historia. Es importante creer que el Espíritu Santo es el protagonista de la misión de la Iglesia y Él es el que hace misionera a toda la Iglesia. Animados por el Espíritu, urge la necesidad de procesos de inculturación y creación de nuevos paradigmas, para la evangelización de la cultura.

LA INCULTURACIÓN

Sobre la inculturación del Evangelio se ha escrito mucho. En esta propuesta entendemos que:

- La inculturación del Evangelio es un proceso que supone reconocimiento de los valores evangélicos que se han mantenido más o menos puros en la cultura y el reconocimiento de nuevos valores que coinciden con el mensaje de Cristo. Mediante la inculturación se busca que la cultura descubra el carácter cristiano de estos valores, los aprecie y los mantenga como tales. Además, intenta la incorporación de valores evangélicos que están ausentes de la cultura, o porque se han oscurecido o porque han llegado a desaparecer (Santo Domingo 230).
- Por medio de la inculturación, la Iglesia encarna el Evangelio en las diversas culturas y, al mismo tiempo, introduce a los pueblos con sus culturas en su misma comunidad; trasmite a las mismas sus propios valores, asumiendo lo que hay de bueno en ellas y renovándolas desde dentro (Cfr. Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, 52).

- La fe, al encarnarse en esas culturas, corrige errores y evita sincretismos. La tarea de inculturación de la fe es propia de la Iglesia particular, bajo la dirección del Obispo, con la participación de todo el pueblo de Dios y los criterios fundamentales en este proceso son la sintonía con las exigencias objetivas de la fe y la apertura a la comunión con la Iglesia universal (Cfr. Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, 54).
- La inculturación es un proceso conducido desde el Evangelio hasta el interior de cada pueblo y comunidad con la mediación del lenguaje y de los símbolos comprensibles y apropiados a juicio de la Iglesia (Cfr. Santo Domingo 243).
- La inculturación del Evangelio es un imperativo del seguimiento de Jesús y necesaria para restaurar el rostro desfigurado del mundo. Es una labor que se realiza en el proyecto de cada pueblo, fortaleciendo su identidad y liberándolo de los poderes de la muerte (Santo Domingo 13).
- Es necesario inculturar el Evangelio a la luz de los tres grandes misterios de la salvación:
 - ✓ Navidad que muestra el camino de la encarnación y mueve al evangelizador a compartir su vida con el evangelizado.
 - ✓ Pascua que conduce a través del sufrimiento a la purificación de los pecados, para que sean redimidos.
 - ✓ Pentecostés, que por la fuerza del Espíritu posibilita a todos entender en su propia lengua las maravillas de Dios (Santo Domingo 230).

Juan Pablo II estimula este reto: “Por medio de la inculturación la Iglesia encarna el Evangelio en las diversas culturas y, al mismo tiempo, introduce a los pueblos con sus culturas en su misma comunidad; transmite a las mismas sus propios valores, asumiendo lo que hay de bueno en ellas y renovándolas desde dentro. Por su parte, con la inculturación, la Iglesia se hace signo más comprensible de lo que es e instrumento más apto para la misión” (*Redemptoris Missio*, 52c).

III. LOS PARADIGMAS

Por la importancia que tiene el paradigma en la evangelización de la cultura, vamos a centrar rápidamente la atención en él.

¿QUÉ ES UN NUEVO PARADIGMA?

- Un nuevo paradigma es un nuevo modelo que surge por el descubrimiento de maneras diferentes de ver y ejecutar las cosas.
- Un término científico, que en la actualidad es usado como sinónimo de modelo, teoría, percepción, marco de referencia.
- Pudiera generalizarse y decir que el paradigma es la forma como vemos, percibimos e interpretamos el mundo.

Los paradigmas son como un patrón o modelo, ideas o formas de hacer las cosas. Las nuevas ideas producen cambio, rompen el status quo y crean incertidumbre.

Estos patrones o modelos, llevan implícitamente, serie una serie de reglas o reglamentos que hacen dos cosas, principalmente, Establecer límites y fijar reglas y reglamentos que nos explican cómo resolver los problemas dentro de estos límites.

Los paradigmas actúan, entonces como filtros y afectan dramáticamente los juicios y comportamientos, cuando son asumidos inconscientemente

El premio Nobel Ilya Prigogine afirmó que “estamos en un momento apasionante de la historia, tal vez en un punto decisivo de giro”, que Fritjof Capra llama “el Punto Crucial” y que se caracteriza por el surgimiento de una nueva visión de la ciencia que se resiste a encajar en el esquema newtoniano, excesivamente mecanicista.

Thomas S. Kuhn, historiador científico y autor de “la estructura de las revoluciones científicas”, llevó el concepto del paradigma al mundo científico. Estos modelos son realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones. Un paradigma es lo que comparten los miembros de una comunidad científica y, a la inversa, una comunidad científica consiste en unas personas que comparten un paradigma”.

De alguna manera hemos pasado de un “paradigma de relojería” en donde todo estaba mecánicamente predeterminado, fijo y lineal, a uno mucho más abierto, flexible, holístico y ecológico. Este nuevo paradigma emergente lleva consigo un cambio de la mentalidad occidental y consiguientemente una

profunda modificación de la mayoría de las relaciones sociales, así como de las formas de organización.

Para la formulación de los nuevos paradigmas, por lo general, se reconocen tres principios que los fundamentan y que son los mismos de física cuántica:

PRINCIPIO DE AUTOORGANIZACIÓN:

Este principio es clave para conocer el paso del modelo mecánico de la física estática de Newton, al modelo dinámico de la física cuántica que explica los procesos de los sistemas naturales y sociales como los flujos permanentes de auto organización.

La etapa del modelo mecánico que enfatizó el orden establecido, uniformidad, control externo, estabilidad, seguridad y equilibrio está siendo superada por una nueva cuyas características, según Prigogine, son divergencia, dinamicidad, incertidumbre, interacción, conectividad, interrelación, auto organización.

La realidad cotidiana desde la dimensión cuántica "no responde a cosas" reales, sino mas bien a miradas de posibilidades de incontables realidades. Lo real puede ser controlado y gobernado, lo posible debe ser deseado, inspirado, recreado.

PRINCIPIO DE INTERDEPENDENCIA:

La interdependencia es un concepto clave para comprender los procesos de realización humana pues como afirma Phip Snow, la interdependencia es el poder espiritual que otorga sentido a todo el universo y consiguientemente a todos los elementos que conformamos ese universo. El éxito de los procesos vitales depende del tipo de interrelaciones que logremos establecer entre los diferentes elementos que conformamos el todo. Como asegura F. Capra "todos los miembros de un ecosistema estén interconectados en una basta y complicada red de relaciones que conforman la trama de la vida". Nosotros los humanos, lo mismo que los demás seres, somos lo que somos, como consecuencia de esas relaciones.

La interdependencia es un principio de la física cuántica según el cual las cosas y los sucesos que, en la física clásica, fueron concebidos como separados, como fragmentados en el espacio y en el tiempo, de hecho, estén íntimamente integrados, escalonados en un proceso interrelacionado. Es

precisamente la física cuántica "la que hace resaltar la relación dinámica como base de todo lo que nos proporciona un punto de vista del yo humano que es libre y responsable, que responde a otros y a su medio ambiente, esencialmente relacionado y naturalmente comprometido y en todo momento creativo". Son las relaciones siempre dinámicas las que determinan la interdependencia de los diferentes elementos que integran la realidad.

La forma como debemos interactuar es uno de los aspectos fundamentales del quehacer cotidiano y del sentido de ese quehacer y por lo tanto del comportamiento humano.

En este orden de ideas "la interdependencia sería esa intrincada red de relaciones en donde el éxito del sistema como un todo depende del éxito de cada parte, y al revés, el éxito de cada parte depende del éxito del sistema como un todo".

PRINCIPIO DE SOSTENIBILIDAD:

Los principios de autoorganización e interdependencia se complementan con el principio de sostenibilidad y viceversa. La sostenibilidad es esencialmente la posibilidad que tiene cada organismo, cada especie y cada sistema para conservar su estabilidad en un proceso que con frecuencia resulta muy vulnerable y delicado pues depende de los recursos, que requiere y que es preciso que adquiera, para su propio desarrollo.

En este aprendizaje, dentro del propio entorno, juega un papel primordial la cooperación y la sociabilidad que debe darse entre todos los elementos o componentes que conforman el propio ecosistema y como resultado de las relaciones significativas con otros ecosistemas.

La ecología profunda, da la razón de las muchas y variadas fluctuaciones de los ciclos ecológicos que muchas veces al no poder autoregular sus relaciones ponen en peligro su ciclo vital, Lo mismo sucede en el ser humano como individuo y como ser social. Se habla mucho en el día de hoy de la gravedad de traspasar los límites de la tolerancia.

ALGUNAS CONSTATAIONES:

Los cambios de paradigma generan angustia, desconcierto y sensación de fracaso. Los estudiosos reconocen que hay tres posibilidades frente al cambio de los paradigmas: un final en el que el paradigma imperante logra asumir las

anomalías en sí mismo y desaparece la crisis; otro final en donde se deja del todo la anomalía momentánea, en la persuasión de que se debe a una falta de elementos tecnológicos adecuados. Cuando avance la tecnología esa anomalía se superara; el tercer final posible es cuando un nuevo paradigma sustituye al viejo.

Los científicos empiezan a preguntarse por los supuestos que guían el desarrollo normal de la ciencia, porque notan que se empiezan a notar problemas que no se resuelven en el paradigma vigente y no se resolverían en el nuevo. Hipotizan la necesidad de crear, en el cambio de cada paradigma, los supuestos básicos.

Los teólogos, que trabajan con la formulación de paradigma, hacen notar la diferencia de los paradigmas teológicos con los de la ciencia, ya que en la teología permanecen siempre los supuestos fundamentales.

También, los teólogos recuerdan que el Evangelio trasciende las culturas y nunca queda sujeto a ellas. Una genuina inculturación de la fe, que utiliza como instrumento los paradigmas, no puede quedar reducida a una mera adopción de factores externos de una determinada cultura. La verdadera inculturación es desde dentro: consiste, en último, en una renovación de la vida bajo la influencia de la gracia. No se trata de un efímero y superficial cambio, si no por el contrario se trata de, con una gran audacia totalmente espiritual, insertar la fuerza del fermento evangélico y su novedad en el corazón mismo de la cultura, transformando los valores culturales.

Al mismo tiempo, la transformación de los valores culturales enriquece a la iglesia, ya que esta asume los elementos auténticos tomados de las culturas humanas para construir el reino (Cfr., II Asamblea General Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, *Relatio finalis*, II, D, 4).

Los teólogos, al trabajar con los distintos paradigmas están, a la vez, afirmando un principio fundamental de la iglesia: La Iglesia ama a todas las culturas y se encuentra como en su casa en cualquier cultura, sin hacer suya con exclusividad ninguna de ellas (Cfr., Juan Pablo II, Homilía en Kisangani, Zaire, 6-5-1980).

El siguiente cuadro, nos permite, rápidamente, observar algunos de los cambios radicales que se presentan cuando se pasa del actual paradigma newtoniano al nuevo paradigma cuántico de la nueva cultura emergente y que

cuestiona, por lo tanto, nuestra comprensión de la realidad, el lenguaje que debemos utilizar para el anuncio de la Buena Nueva, con todas las formas novedosas que debemos implementar para la inculturación del Evangelio.

CUADRO COMPARATIVO

PARADIGMA NEWTONIANO: TENDENCIA A:	PARADIGMA EMERGENTE (CUÁNTICO) TENDENCIA A:	PARADIGMA NEWTONIANO: TENDENCIA A:	PARADIGMA EMERGENTE (CUÁNTICO) TENDENCIA A:
SEGURIDAD: Certeza, verdades, seguros, normas, leyes, poder...	INCERTIDUMBRE Apertura, probabilidades, imprevisible, principios....	MORALISTA: Moral antropocéntrica, normativas, exigencias, cumplir...	ETICA: Ecocéntrica, vinculante, principios naturales, legitimidad....
JERARQUIA: Control, obediencia, orden, reglamentos...	RELACIONALIDAD Redes, auto- organización y procesos de dinamicidad...	MORALISTA: Moral antropocéntrica, normativas, exigencias, cumplir...	ETICA: Ecocéntrica, vinculante, principios naturales, legitimidad....
CUANTITATIVO: Estadísticas, bienes externos...	CUALITATIVO: Virtudes, cualidades, bienes endógenos...	MATERIALISTA: Pragmático,....	ESPIRITUAL: Energético, estético, transparente...
FRAGMENTARIO: Especializaciones, reduccionismo...	HOLISTICO: Integral, circular, totalidad...	PATRIARCAL: Dominación, sumisión, coerción, obediencia...	MATRISTICO: Sí a la vida, con armonía, intuición, amor, ternura, confianza...
COMPETITIVIDAD: Lucha, confrontación, competencia...	COMPLEMENTARIE DAD: Dialogicidad y colaboración.	DEPENDIENTE: Reproductor, unidireccional, Sometimiento, individualista...	INTERDEPENDIENT E: Interrelacionado, comunicado, en comunidad.
ESTRUCTURA: Organigrama, planificación rígida, con objetivos...	FLEXIBILIDAD: Módulos, libertad, colaboración...	VERTICAL: Autoritario, disciplina externa.	HORIZONTAL: Comunicativo, interdependiente, relacionado con...
LINEAL: Instrumental, unilateral, lógica cartesiana...	COMPLEJO: Ambiguo, intuitivo, diversas lógicas, no linealidad...	INSOSTENIBLE: Insuficiente, aislado, equilibrio estático...	SOSTENIBILIDAD: Ecológico, armónico, natural, equilibrio dinámico...
ESTATICO: Permanente, lo establecido, la misión...	DINAMICO: Procesual, abierto, fluido, la visión....		

Convencidos que el evangelio no cambia en el proceso de inculturación si no que son las culturas las que deben esforzarse para asimilar mejor los gérmenes de la vida y de la salvación aportados por Jesucristo (Cfr. Juan Pablo II, despedida en Togo 10-8-1985), estamos invitados a la evangelización de lo cultural, como un proceso maravilloso de conversión personal y comunitaria para hacer resplandecer el rostro materno de la iglesia, que nos ofrece al Salvador, el Señor Jesús.

ESTÍMULOS DOCTRINALES Y PISTAS METODOLOGICAS

Para el trabajo en Asamblea, seguimos las orientaciones específicas que nos ofrezcan. La metodología que propongo está pensada para trabajo en las Diócesis y tiene una finalidad muy concreta: ofrecer unas estímulos doctrinales, a partir de Aparecida y unas pistas metodológicas, que favorezcan la reflexión y discusión, sobre la Iglesia que Dios quiere en la evangelización de lo cultural, con un profundo amor a la Iglesia.

Para el presente trabajo, sugerimos, como método fundamental el “escrutar los signos de los tiempos”, tal como lo propone el Concilio Vaticano II, Puebla y Aparecida.

El Concilio, al presentar los signos de los tiempos, insiste que la fe lo ilumina todo y propone, ante todo, juzgar bajo esta luz los valores que hoy disfrutan de máxima consideración y enlazarlos de nuevo con su fuente divina. Estos valores, por proceder de la inteligencia que Dios ha dado al hombre, poseen una bondad extraordinaria; pero a causa de la corrupción del corazón humano, sufren con frecuencia desviaciones contrarias a su debida ordenación (Cfr. *Gaudium et spes*, n. 11).

Por lo tanto, el discernir los signos de los tiempos nos ayuda a descubrir las interpretaciones de Dios, sobre la realidad, para poder consolidar los valores, derrotar los ídolos que alientan el proceso histórico (Cfr., Puebla, n.420) y descubrir hacia dónde va el movimiento de la cultura.

Este proceso de discernimiento de los signos de los tiempos, nos coloca en la actitud optimista, pero no ingenua, de Juan XXIII, quien miró el presente y el futuro con ojos de profeta y permitió la acción transformadora del Espíritu del Señor Jesús.

A la luz del discernimiento de los signos de los tiempos, invito a ver el cuadro siguiente, con cuatro columnas:

- Primera columna: donde se identifican las exigencias que considero significativas para la elaboración de paradigmas que nos van a permitir la evangelización de la cultura.
- Segunda columna: Sectores de atención particular, que pienso tienen una incidencia muy importante en la evangelización de la cultura y nos permiten orientar la atención hacia paradigmas específicos.

- Tercera columna: puntos de partida para la elaboración de los nuevos paradigmas o la vigencia de algunos de ellos.

Cada una de estas formulaciones tiene unas notas complementarias, que nos permiten observar el rico material doctrinal de la iglesia, al respecto que todas están inspiradas en el pensamiento de Pablo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI, Puebla, Santo Domingo y Aparecida.

- Cuarta columna: donde se propone redactar los nuevos paradigmas para la evangelización de la cultura o se asuma los vigentes.

Combinando el discernimiento de los signos de los tiempos con la metodología del ver, juzgar y actuar, la primera columna respondería al ver, ya que se trata de identificar, a partir de la realidad, las exigencias para la evangelización de la cultura.

Las columnas dos, tres y cuatro, responden al segundo momento de la iluminación, que se subdivide en tres partes:

- Columna dos: revisión de los Documentos del Magisterio y otras fuentes que permiten iluminar la realidad desde la fe.
- Columna tres: formulación condensada de los documentos y otras fuentes, que orientan hacia el nuevo paradigma o la vigencia del actual.
- Cuarta columna: con base en las columnas anteriores se formula el nuevo paradigma para la evangelización de la cultura y que será la base de la acción (planes, programas y proyectos).

LA IGLESIA QUE DIOS QUIERE EN LA EVANGELIZACIÓN DE LO CULTURAL

EXIGENCIA	PARADIGMAS		NUEVOS PARADIGMAS
	PROPUESTA DE PUNTO DE PARTIDA PARA LA CONSTRUCCIÓN	ESTÍMULOS PARA UN NUEVO PARADIGMA	
<p>Conversión pastoral y renovación misionera de las comunidades y actitud profética.</p> <p>Comunidades eclesiales de base.</p> <p>Vivir y comunicar la vida nueva a nuestros pueblos.</p>	<p>Recomenzar desde Cristo (Aparecida, n. 41) y Audacia apostólica (Aparecida, n. 553).</p> <p>Desarrollar la dimensión misionera de la vida en Cristo que produzca una fuerte conmoción que desinstale y lance a la misión (Aparecida, n. 362).</p> <p>Abandonar estructuras caducas de pastoral (Aparecida, n. 365).</p> <p>Proponer una pastoral decididamente misionera (Aparecida, n. 370).</p> <p>Capacidad profética de denuncia y opción preferencial por los pobres y excluidos (Aparecida, n. 394 95), aunque contradiga todas las opiniones, provoque ataques y se quede sola en su anuncio (Aparecida, n. 518, i).</p> <p>Cambio de mentalidad para responder al cambio de época (Cfr. Aparecida, nn. 43 - 59).</p>	<p>Iglesia comunión²: audaz, más compenetrada del espíritu misionero permanente³ que determina los planes, programas y proyectos pastorales⁴.</p> <p>Iglesia comunión: discierne los signos de los tiempos⁵.</p> <p>Iglesia comunión: con un corazón que sabe escuchar la cultura en todas sus dimensiones⁶.</p> <p>Iglesia comunión: con una vida consagrada presente proféticamente en todos los lugares y espacios de la cultura⁷.</p>	

EXIGENCIA	PARADIGMAS		NUEVOS PARADIGMAS
	PROPUESTA DE PUNTO DE PARTIDA PARA LA CONSTRUCCIÓN	ESTÍMULOS PARA UN NUEVO PARADIGMA	
	<p>CEB, escuelas de formación cristiana de discípulos y misioneros comprometidos con su fe, focos de evangelización y surgimiento de nuevos servicios laicales (Aparecida, n. 178).</p> <p>Gran novedad: la vida trinitaria en nosotros (Aparecida, n. 348).</p> <p>Testimonio creíble de quienes creemos en Cristo (Aparecida, n. 352).</p>		
Liturgia viva inculturada y religiosidad popular.	<p>Recomenzar desde Cristo (Aparecida, n. 41).</p> <p>Lugares del encuentro con Cristo (Aparecida, nn. 346 - 347).</p> <p>Atención al Reino que irrumpe en la sociedad y está latente en las culturas⁸.</p> <p>María, discípula y misionera (Aparecida, nn. 266 – 277).</p> <p>La piedad popular como espacio de encuentro con Jesucristo (Aparecida, nn. 258 - 265).</p> <p>La reforma litúrgica debe favorecer la comprensión del pueblo y su mejor participación (SC. 21).</p>	<p>Iglesia comunión: orante y servidora humilde del Espíritu⁹.</p> <p>Iglesia comunión: con una Madre, quien confiere alma y ternura a la convivencia familiar¹⁰.</p> <p>Iglesia comunión: donde la ley está siempre subordina al amor¹¹.</p> <p>Iglesia comunión: con una liturgia más cercana a la cultura de cada pueblo y en la que la comunidad sienta expresada su experiencia religiosa¹².</p>	

EXIGENCIA	PARADIGMAS		NUEVOS PARADIGMAS
	PROPUESTA DE PUNTO DE PARTIDA PARA LA CONSTRUCCIÓN	ESTÍMULOS PARA UN NUEVO PARADIGMA	
	<p>Promover medios para una participación más viva: aclamaciones, respuestas, cantos y acciones o gestos y posturas corporales (SC. 30).</p> <p>Normas para adaptar la Liturgia a la mentalidad y tradiciones de los pueblos (SC. 37-40).</p> <p>Se recomiendan las prácticas piadosas aprobadas (SC. 13).</p> <p>Catequesis mistagógica (Aparecida, n. 290).</p>		
<p>Dignidad y plenitud humana</p> <p>Persona humana centro de toda la vida social y cultural.</p>	<p>Cultura de la vida: suprimir desigualdades (Aparecida, n. 358), una vida más digna para todos (Aparecida, n. 359).</p> <p>Familia (Familiaris Consortio Segunda y Tercera parte).</p> <p>Modelos culturales alternativos para la sociedad actual (Aparecida, n. n 480).</p> <p>Denuncia modelos humanos incompatibles con naturaleza y dignidad del hombre (Aparecida, n. n 480).</p>	<p>Iglesia comunión: menos clerical¹³.</p> <p>Iglesia comunión: proclama la Buena Nueva de la familia¹⁴.</p> <p>Iglesia comunión: convencida que sin laicos comprometidos no habrá nueva evangelización¹⁵.</p> <p>Iglesia comunión: que valora la vocación de la mujer y la vincula a los espacios de decisiones¹⁶.</p>	

EXIGENCIA	PARADIGMAS		NUEVOS PARADIGMAS
	PROPUESTA DE PUNTO DE PARTIDA PARA LA CONSTRUCCIÓN	ESTÍMULOS PARA UN NUEVO PARADIGMA	
Fe y cultura.	Inculturación del Evangelio (Aparecida, n. nn 477 479).	<p>Iglesia comunión: que sin dejar de ser maestra, se convierte más en faro que dialoga con todos¹⁷.</p> <p>Iglesia comunión: con clara conciencia del Depósito de la fe que se amolda al lenguaje y posibilidades de una cultura determinada, sin renunciar a la verdad¹⁸.</p> <p>Iglesia comunión: que prefiere usar la medicina de la misericordia más que de la severidad¹⁹.</p>	
<p>Respeto a la autonomía de la ciencia.</p> <p>Nuevos areópagos y centros de decisión.</p> <p>Educación como bien público.</p>	<p>Fe y razón dos alas del espíritu humano en la contemplación de la verdad (Aparecida, n. 494 495).</p> <p>Comunicación de valores evangélicos de manera positiva (Aparecida, n. 497).</p> <p>Reconocer los nuevos lenguajes al servicio del Evangelio (Aparecida, n. nn 484ss).</p> <p>Evangelizar la cultura (Aparecida, n. 491).</p> <p>Formación de pensadores y personas en campos de decisión (Aparecida, n. 492).</p> <p>Educación : apertura a la trascendencia, formación religiosa, acompañamiento y testimonio (Aparecida, n. nn 481 483)</p>	<p>Iglesia comunión: que pide perdón y aprende de los errores de sus hijos e instituciones que no han respetado la legítima autonomía de la ciencia²⁰.</p> <p>Iglesia comunión: con un laicado comprometido, presente en los nuevos areópagos²¹.</p>	

EXIGENCIA	PARADIGMAS		NUEVOS PARADIGMAS
	PROPUESTA DE PUNTO DE PARTIDA PARA LA CONSTRUCCIÓN	ESTÍMULOS PARA UN NUEVO PARADIGMA	
		<p>Iglesia comunión : de la Trinidad, de la Eucaristía y el servicio²².</p> <p>Iglesia comunión : de diálogo²³.</p> <p>Iglesia comunión : de puertas abiertas, donde todos, los cercanos y lo lejanos se sienten a gusto²⁴.</p> <p>Iglesia comunión : presente en el corazón de los problemas de la humanidad, para ofrecer su colaboración constante y decidida al desarrollo y al progreso causa del evangelio²⁵.</p> <p>Iglesia comunión: libre, que recuerda a los hombres y, especialmente, a los mandatarios cuáles son sus deberes fundamentales en la búsqueda del bien común²⁶.</p>	
Ciudad: lugar propio de nuevas culturas.	<p>Evangelización de la ciudad con nuevas experiencias (Aparecida, n. 503): una nueva pastoral (Aparecida, n. 517).</p> <p>Reconocer que Dios vive en la nueva ciudad (Aparecida, n. 514).</p>	<p>Iglesia comunión: con un lenguaje claro, definido de su autoconciencia (identidad) y cercano e inteligible a todos²⁷.</p>	

EXIGENCIA	PARADIGMAS		NUEVOS PARADIGMAS
	PROPUESTA DE PUNTO DE PARTIDA PARA LA CONSTRUCCIÓN	ESTÍMULOS PARA UN NUEVO PARADIGMA	
	<p>Incorporación de elementos artísticos transformadores (Aparecida, n. 500).</p> <p>Medios de comunicación social y tecnología de la información (Consejo Pontificio de la Cultura).</p> <p>Problemas de la ética en internet (Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales).</p>		
<p>Unidad y fraternidad</p> <p>Integración de indígenas y afroamericanos</p> <p>Reconciliación y solidaridad</p>	<p>Iglesia: sacramento de unidad de nuestros pueblos (Aparecida, n. 524).</p> <p>América unida, reconciliada e integrada (Aparecida, nn. 520 - 521).</p> <p>Nuevos modos de conocer, aprender y comunicarse (Aparecida, n. 522).</p> <p>Experiencia singular de proximidad, fraternidad y solidaridad (Aparecida, n. 525).</p> <p>Descubrimiento y reconocimiento de semillas del Verbo (Aparecida, n. 529).</p> <p>Fortalecimiento de su identidad, denuncia de violaciones, anuncio de valores autóctonos, respeto y acompañamiento (Aparecida, nn. 530 - 533).</p>	<p>Iglesia comunión: que vive la espiritualidad de comunión²⁸.</p> <p>Iglesia comunión: nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón²⁹.</p> <p>Iglesia comunión: universalidad y solidaridad con todos los hombres, para la construcción de la unidad del género humano³⁰.</p> <p>Iglesia comunión: comprometida con la justicia y la paz³¹.</p>	

EXIGENCIA	PARADIGMAS		NUEVOS PARADIGMAS
	PROPUESTA DE PUNTO DE PARTIDA PARA LA CONSTRUCCIÓN	ESTÍMULOS PARA UN NUEVO PARADIGMA	
	<p>Buenos samaritanos y nuevas estructuras justas (Aparecida, n. 537).</p> <p>Cultura del compartir frente a la cultura egoísta del acumular (Aparecida, n. 540).</p> <p>Globalización de la solidaridad.</p> <p>Cultura de la paz (Aparecida, n. 542).</p> <p>Compromiso evangélico martirial (Aparecida, n. 543).</p> <p>Cuidado del medio ambiente (Aparecida, n. 471).</p> <p>Evangelizar a nuestros pueblos para descubrir el don de la creación y cuidarla como la casa de todos (Aparecida, n. 474,a).</p> <p>Apoyar a las poblaciones más frágiles en sus esfuerzos para lograr.</p> <p>una equitativa distribución de la tierra, el agua y de los espacios urbanos (Aparecida, n. 474,b).</p> <p>La paz, gran anhelo del corazón de todo hombre y toda mujer que se edifica diariamente con el aporte de todos (Gaudium et Spes,n.77).</p>		

EXIGENCIA	PARADIGMAS		NUEVOS PARADIGMAS
	PROPUESTA DE PUNTO DE PARTIDA PARA LA CONSTRUCCIÓN	ESTÍMULOS PARA UN NUEVO PARADIGMA	
<p>Opción preferencial por los pobres y excluidos.</p> <p>Una mayor incidencia de la comunidad cristiana en la realidad social, particularmente con una.</p>	<p>Opción preferencial por los pobres y excluidos (Aparecida, nn. 391- 398).</p> <p>Rostros sufrientes que nos duelen (Aparecida, nn. 407-430).</p> <p>Compartir las angustias: rostros sufrientes (Puebla, nn 27-50).</p> <p>Ante el clamor por la justicia (Puebla, nn 87-90).</p> <p>Pobreza evangélica (n. 48), justa y libre (Puebla n. 49).</p> <p>Reconocer el valor de la pobreza (Puebla n. 1158).</p>	<p>Iglesia comunión: pobre, comprometida con los pobres y que se hace rica con su pobreza³².</p>	
<p>Opción preferencial por los jóvenes</p>	<p>Renovar, en estrecha unión con la familia, la opción preferencial por los jóvenes (Puebla, nn. 1186 – 1187).</p>	<p>Iglesia comunión: más juvenil que se hace joven con los jóvenes³³.</p>	

NOTAS COMPLEMENTARIAS

1. Cfr. Ries L., *Incontro e Dialogo*, Ed. Jaca Book, Milano 2009.
2. Del Cardenal Ratzinger sobre *Eclesiología de la Lumen Gentium*, afirmaba: "Ciertamente se puede decir que más o menos a partir del Sínodo Extraordinario de 1985, que debía tratar de hacer una especie de balance de veinte años de posconcilio, se está difundiendo una nueva tentativa, que consiste en resumir el conjunto de la *eclesiología conciliar* en el concepto básico de *eclesiología de comunión*

Me alegro de esta nueva forma de centrar la *eclesiología* y, en la medida de mis posibilidades, también traté de prepararla. Por lo demás, ante todo es preciso reconocer que la palabra *comunión* no ocupa en el Concilio un lugar central. A pesar de ello, si se entiende correctamente, puede servir de síntesis para los elementos esenciales del concepto cristiano de la *eclesiología conciliar*" (Comité para el Gran Jubileo del Año 2000, *Memorias del Congreso Internacional sobre la aplicación del Concilio Vaticano II*, Roma, págs. 4 y 5, 2000)

La *eclesiología de comunión* del Concilio Vaticano II presenta una Iglesia positiva y optimista, de construcción, no de condenación; de comprensión, no de imposición; de servicio, no de dominio; de bendiciones, no de anatemas; de amor, no de temor; de diálogo, no de monólogo; de unión, no de separación; de renovación propia, no de corrección de los otros; de atracción por la amabilidad, no de repulsión por la severidad; de viva transmisión comprensible de la verdad revelada, no de mera y complicada conservación de un depósito congelado, de apertura al mundo, no de encerramiento en ghetto.

Para ser signo, ejemplo, testimonio, sal de la tierra, fermento actuante en la masa, bandera levantada entre las gentes, ciudad construida sobre el mundo, luz brillante entre los pueblos capaz de iluminar a todos los hombres con la claridad de Cristo que resplandece delante de la Iglesia, sacramento e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano.

La *eclesiología de comunión* se distingue de manera especial por el nuevo espíritu más que por las nuevas explicitaciones de la doctrina cristiana. La insistencia está en la actitud pastoral, ecuménica y misionera ante el mundo de hoy; en el espíritu de apertura a nuevos valores; en la disposición de dialogar y aun de cooperar con los no católicos, con los no cristianos y con los no creyentes; en el clima de comprensión de los demás; en la convicción de que la Iglesia es el signo, el instrumento o sacramento (*mysterium*) del Señor glorificado; en la afirmación sobre los caminos de salvación sobrenatural que solo Dios conoce; en su mayor confianza en la presencia y en la acción del Espíritu Santo; en el admirable cristocentrismo; en haber descubierto de nuevo la liturgia como principal medio de santificación (unión profunda sacramental) en el énfasis con que busca una vida cristiana más personalista y al mismo tiempo comunitaria y más comprometida con la caridad; en el reconocimiento de la importancia de los signos de los tiempos como manifestación de la voluntad de Dios; en la consecuente valoración de lo existencial y de las situaciones concretas; en el nuevo concepto de unidad (que no es sinónimo de uniformidad) y catolicidad (que admite y desea el pluralismo teológico, litúrgico, disciplinar y espiritual); en la sorprendente humildad en reconocer los propios

límites y sombras; en el propósito de renovación y purificación; en la intención de identificarse más con Cristo y con su Palabra; en la mayor comprensión en la fuerza de la Palabra de Dios; en la determinación por el servicio, sobre todo de los pobres y humildes; en el abandono del juridicismo; en el comportamiento menos triunfalista; en el mayor respeto a la libertad y a los derechos universales e inalienables del hombre y de la recta conciencia; en el reconocimiento de las autonomías; en la confianza en el hombre y en la mujer, en la dignidad y en el sentido de responsabilidad; en el optimismo (no ingenuo) frente a las realidades terrenas; en el deseo de ayudar en la construcción de la ciudad temporal y el desarrollo de los pueblos; en la disposición para desligarse de los compromisos humanos; en la renuncia al fixismo y al legalismo; en la conciencia de ser peregrina, esencialmente escatológica, siempre en marcha, inacabada, dinámica, viva, situada en la historia del presente, en un mundo que pasa entre criaturas que gimen y sufren y que caminan hacia la unidad, hacia la auténtica *koinonia* (Cfr. Kloppenburg B., *Eclesiología del Vaticano II*, Ed. Paulinas

3. El Espíritu Santo es la fuente y motor de la renovación de la Iglesia en Cristo, sin su ayuda no se puede hacer nada santo ni decisivo para continuar en el mundo el mandato misionero del Señor: “*Sine tuo nomine, Nihil*”, afirmaba Juan Pablo II (Discurso a la Curia Romana, 29-6-1986).

Es, el mismo Santo Padre, quien en la Encíclica *Redemptor Missio* nos lanza a una pastoral compenetrada del espíritu misionero. Dice el Papa:

Nuestra época, con la humanidad en movimiento y búsqueda, exige un nuevo impulso en la actividad misionera de la Iglesia. Los horizontes y las posibilidades de la misión se ensanchan, y nosotros los cristianos estamos llamados a la valentía apostólica, basada en la confianza en el Espíritu! Él es el protagonista de la misión! En la historia de la humanidad son numerosos los cambios periódicos que favorecen al dinamismo misionero. La Iglesia, guiada por el Espíritu, ha respondido siempre a ellos con generosidad y previsión. Los frutos no han faltado.... Hoy la Iglesia debe afrontar otros desafíos, proyectándose hacia nuevas fronteras, tanto en la primera misión ad gentes, como en la nueva evangelización de pueblos que han recibido ya el anuncio de Cristo. Hoy se pide a todos los cristianos, a las Iglesias particulares y a la Iglesia universal la misma valentía que movió a los misioneros del pasado y la misma disponibilidad para escuchar la voz del Espíritu (n., 30)

4. En el libro sobre el Ratzinger, *Ser cristiano en la era neopagana*, el Cardenal, al responder a la pregunta sobre ¿Cómo debería la Iglesia presentarse hoy para inspirar confianza? en uno de sus apartes afirma. “La Iglesia ha equivocado el camino cuando se ha esforzado por mostrarse útil y buena como organización humanitaria, sin el testimonio de Cristo y de Dios. Está claro que el compromiso social de la Iglesia es de máxima importancia, como tarea que le fue encomendada por el Señor. Pero debe ser evidente que la Iglesia no es una mera organización de acción social, sino que su acción nace de una fuerza de Amor más profunda que se comunica con toda sencillez, y que la Iglesia existe no porque nosotros queramos estar en el candelero, sino porque el amor de Cristo nos empuja” (Ed. Encuentro, Madrid, 2006, pg. 131).
5. Para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutarse a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de

ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza. He aquí algunos rasgos fundamentales del mundo moderno.

El género humano se halla en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero. Los provoca el hombre con su inteligencia y su dinamismo creador; pero recaen luego sobre el hombre, sobre sus juicios y deseos individuales y colectivos, sobre sus modos de pensar y sobre su comportamiento para con las realidades y los hombres con quienes convive. Tan es así esto, que se puede ya hablar de una verdadera metamorfosis social y cultural, que redundará también en la vida religiosa.

Como ocurre en toda crisis de crecimiento, esta transformación trae consigo no leves dificultades. Así mientras el hombre amplía extraordinariamente su poder, no siempre consigue someterlo a su servicio. Quiere conocer con profundidad creciente su intimidad espiritual, y con frecuencia se siente más incierto que nunca de sí mismo. Descubre paulatinamente las leyes de la vida social, y duda sobre la orientación que a ésta se debe dar.

Jamás el género humano tuvo a su disposición tantas riquezas, tantas posibilidades, tanto poder económico. Y, sin embargo, una gran parte de la humanidad sufre hambre y miseria y son muchedumbre los que no saben leer ni escribir. Nunca ha tenido el hombre un sentido tan agudo de su libertad, y entretanto surgen nuevas formas de esclavitud social y psicológica. Mientras el mundo siente con tanta viveza su propia unidad y la mutua interdependencia en ineludible solidaridad, se ve, sin embargo, gravísimamente dividido por la presencia de fuerzas contrapuestas. Persisten, en efecto, todavía agudas tensiones políticas, sociales, económicas, raciales e ideológicas, y ni siquiera falta el peligro de una guerra que amenaza con destruirlo todo. Se aumenta la comunicación de las ideas; sin embargo, aun las palabras definidoras de los conceptos más fundamentales revisten sentidos harto diversos en las distintas ideologías. Por último, se busca con insistencia un orden temporal más perfecto, sin que avance paralelamente el mejoramiento de los espíritus.

Afectados por tan compleja situación, muchos de nuestros contemporáneos difícilmente llegan a conocer los valores permanentes y a compaginarlos con exactitud al mismo tiempo con los nuevos descubrimientos. La inquietud los atormenta, y se preguntan, entre angustias y esperanzas, sobre la actual evolución del mundo. El curso de la historia presente en un desafío al hombre que le obliga a responder" (Gaudium et spes, n. 4).

¿Qué piensa del hombre la Iglesia? ¿Qué criterios fundamentales deben recomendarse para levantar el edificio de la sociedad actual? ¿Qué sentido último tiene la acción humana en el universo? He aquí las preguntas que aguardan respuesta. Esta hará ver con claridad que el Pueblo de Dios y la humanidad, de la que aquél forma parte, se prestan mutuo servicio, lo cual demuestra que la misión de la Iglesia es religiosa y, por lo mismo, plenamente humana (Gaudium et spes, n. 11)

Es propio de todo el Pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y de los teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, a fin de que la Verdad

revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada” (Gaudium et spes, n. 44).

6. “El diálogo interreligioso forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. Entendido como método y medio para un conocimiento y enriquecimiento recíproco, no está en contraposición con la misión *ad gentes*; es más, tiene vínculos especiales con ella y es una de sus expresiones. En efecto, esta misión tiene como destinatarios a los hombres que no conocen a Cristo y su Evangelio, y que en su gran mayoría pertenecen a otras religiones. Dios llama a sí a todas las gentes en Cristo, queriendo comunicarles la plenitud de su revelación y de su amor; y no deja de hacerse presente de muchas maneras, no sólo en cada individuo sino también en los pueblos mediante sus riquezas espirituales, cuya expresión principal y esencial son las religiones, aunque contengan «lagunas, insuficiencias y errores».⁹⁸ Todo ello ha sido subrayado ampliamente por el Concilio Vaticano II y por el Magisterio posterior, defendiendo siempre que *la salvación viene de Cristo y que el diálogo no dispensa de la evangelización*” (Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, n. 55b)

A la luz de la economía de la salvación, la Iglesia no ve un contraste entre el anuncio de Cristo y el diálogo interreligioso; sin embargo siente la necesidad de compaginarlos en el ámbito de su misión *ad gentes*. En efecto, conviene que estos dos elementos mantengan su vinculación íntima y, al mismo tiempo, su distinción, por lo cual no deben ser confundidos, ni instrumentalizados, ni tampoco considerados equivalentes, como si fueran intercambiables.

7. “Presentes en todos los rincones de la tierra: El amor de Cristo nos apremia» (2 Co 5, 14): los miembros de cada Instituto deberían repetir estas palabras con el Apóstol, por ser tarea de la vida consagrada el trabajar en todo el mundo para consolidar y difundir el Reino de Cristo, llevando el anuncio del Evangelio a todas partes, hasta las regiones más lejanas. De hecho, la historia misionera testimonia la gran aportación que han dado a la evangelización de los pueblos: desde las antiguas Familias monásticas hasta las más recientes Fundaciones dedicadas de manera exclusiva a la misión *ad gentes*, desde los Institutos de vida activa a los de vida contemplativa, innumerables personas han gastado sus energías en esta «actividad primaria de la Iglesia, esencial y nunca concluida, puesto que se dirige a la multitud creciente de aquellos que no conocen a Cristo.

Este deber continúa urgiendo hoy a los Institutos de vida consagrada y a las Sociedades de vida apostólica: el anuncio del Evangelio de Cristo espera de ellos la máxima aportación posible. También los Institutos que surgen y que operan en las Iglesias jóvenes están invitados a abrirse a la misión entre los no cristianos, dentro y fuera de su patria. A pesar de las comprensibles dificultades que algunos de ellos puedan atravesar, conviene recordar a todos que, así como «la fe se fortalece dándola»[194], también la misión refuerza la vida consagrada, le infunde un renovado entusiasmo y nuevas motivaciones, y estimula su fidelidad. Por su parte, la actividad misionera ofrece amplios espacios para acoger las variadas formas de vida consagrada.

La misión *ad gentes* ofrece especiales y extraordinarias oportunidades a las mujeres consagradas, a los religiosos hermanos y a los miembros de Institutos seculares, para una acción apostólica particularmente incisiva. Estos últimos, además, con su presencia en los diversos ámbitos típicos de la vida laical, pueden desarrollar una preciosa labor

de evangelización de los ambientes, de las estructuras y de las mismas leyes que regulan la convivencia. Ellos pueden también testimoniar los valores evangélicos estando al lado de personas que no conocen aún a Jesús, contribuyendo de este modo específico a la misión” (Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Postsinodal Vita Consecrata, n. 78).

8. La finalidad del Reino es “hacer nuevas todas las cosas y nos hace esperar, confiados en la promesa del Señor, en un Cielo nuevo y una Tierra nueva, en que habite la justicia (2Pe. 3,13). Así como la epifanía del Reino irrumpe ya en nuestros corazones por la liberación interior, así también su novedad irrumpe en la sociedad por la justicia y la fraternidad. Pues la novedad del corazón no puede sino crear un nuevo modo de relaciones de los hombres en la sociedad.

Irrumpe a modo de fermento y grano de mostaza. Esta inserción liberadora del Reino se da tres modos:

- Por la caridad solidaria, que libera de las miserias presentes: por la promoción humana, que capacita a los pobres y oprimidos a liberarse a sí mismos, a ser sujetos de su propia historia.
- Por el reordenamiento de la sociedad (cambio de estructuras), que prepara liberaciones futuras, sin odios, ni violencias (Cfr. Lc. 4, 14ss).
- En la liberación de las servidumbres sociales se revela la presencia del Reino, de la Misericordia de Dios, con la misma credibilidad y autenticidad que se revela en la liberación de las servidumbres el corazón humano.

En la irrupción del Reino en la dimensión social hay un aspecto que merece una atención especial: *la presencia del Reino en las culturas. La cultura, como mentalidad, valoraciones y modos de vivir de un grupo humano, es como el alma de la sociedad. Las instituciones sociales son como las cristalizaciones de las culturas a través del tiempo. El Reino, sus valores y Su sentido del hombre, de la vida y de muerte está llamado a impregnar las culturas, corrigiendo y liberándolas de sus deshumanizaciones y promoviendo sus valores (Cfr. Agogemos la Buena Nueva del Reino, Cuadernos de profundización, Servicio de Animación Comunitaria (SDAC), Bogotá, 2010).*

9. “La efusión del Espíritu Santo puede hoy renovar totalmente a la iglesia mediante el don de la oración. Debemos aspirar a poseer ese don, tan ligado al amor de Dios: debemos invocarlo para la Iglesia, aquí y ahora, y verlo como el distintivo de la Iglesia... (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de la IV región de EE.UU., en Visita ad Limina, 10-6-1988).

El mismo Santo Padre, exclamaba: “¡dejad obrar al Espíritu! Dejad espacio al Espíritu Santo. Dejaos guiar por su acción multiforme. Él, Espíritu de Cristo, sabe lo que quiere hacer de vosotros; vosotros dejaos guiar por Él (Homilía en Turín, Italia, 2-9-1988).

10. “Como en la familia humana, la Iglesia-familia se genera en torno a una madre, quien confiere “alma” y ternura a la convivencia familiar¹. María, Madre de la Iglesia, además de modelo y paradigma de humanidad, es artífice de comunión. Uno de los eventos fundamentales de la Iglesia es cuando el “sí” brotó de María. Ella atrae multitudes a la comunión con Jesús y su Iglesia, como experimentamos a menudo en los

santuarios marianos. Por eso la Iglesia, como la Virgen María, es madre. Esta visión mariana de la Iglesia es el mejor remedio para una Iglesia meramente funcional o burocrática” (Aparecida, n. 268).

- ¹¹. Juan Pablo II nos invita a vivir la liturgia, centrados en lo fundamental y a evitar el culto formalista. Dice el Santo Padre: “Poned todo cuidado afín de que la liturgia sea siempre realmente una oración, esto es, un diálogo orante que parte de lo alto, germina en la escucha, florece en la contemplación y en la alabanza y da frutos sabrosos de vida cristiana. De otro modo, se desvanecería en la exterioridad, entrando por caminos diversos, fatalmente destinados a perderse en personalismos pseudo-litúrgicos o en un sociologismo de fantasía, que nada tiene que ver con la litúrgica auténtica” (Alocución a la Acción Litúrgica Italiana, 31-11-1984).

En otra oportunidad, el mismo Santo Padre invita a evitar todo formalismo y a vivir realmente la piedad: “El profeta revela lo que Dios pide para que se dé un culto no formalista, sino verdadero e interiorizado: por eso la piedad es auténtica cuando lleva a practicar por medio de las obras de misericordia lo que la fe cree” (Homilía en la parroquia romana de Santa María en Aquino, 8-2-1987).

Así como en la liturgia estamos invitados a centrarnos en lo fundamental, evitando los formalismos; de la misma manera, en la vida de todos los días, debemos estar centrados más en Dios que nos hace libres para amar.

Es vivir en la libertad de los hijos de Dios, que centrada en la caridad, se hace norma de vida: “La libertad a los ojos de Cristo no es, ante todo, <libertad de>, sino que es <libertad para>. El pleno ejercicio de la libertad es el amor; en particular, el amor mediante el cual se entrega totalmente” (Juan Pablo II, Discurso al Sacro Colegio Cardenalicio, 5-11-1979)

- ¹². “La piedad popular es una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia, y una forma de ser misioneros, donde se recogen las más hondas vibraciones de la América profunda. Es parte de una “originalidad histórica cultural”¹ de los pobres de este continente, y fruto de “una síntesis entre las culturas y la fe cristiana”¹. En el ambiente de secularización que viven nuestros pueblos, sigue siendo una poderosa confesión del Dios vivo que actúa en la historia y un canal de transmisión de la fe. El caminar juntos hacia los santuarios y el participar en otras manifestaciones de la piedad popular, también llevando a los hijos o invitando a otros, es en sí mismo un gesto evangelizador por el cual el pueblo cristiano se evangeliza a sí mismo y cumple la vocación misionera de la Iglesia” (Aparecida, n.264)

“Nuestros pueblos se identifican particularmente con el Cristo sufriente, lo miran, lo besan o tocan sus pies lastimados como diciendo: Este es el “que me amó y se entregó por mí” (Gal 2, 20). Muchos de ellos golpeados, ignorados, despojados, no bajan los brazos. Con su religiosidad característica se aferran al inmenso amor que Dios les tiene y que les recuerda permanentemente su propia dignidad. También encuentran la ternura y el amor de Dios en el rostro de María. En ella ven reflejado el mensaje esencial del Evangelio. Nuestra Madre querida, desde el santuario de Guadalupe, hace sentir a sus hijos más pequeños que ellos están en el hueco de su manto. Ahora, desde Aparecida, los invita a echar las redes en el mundo, para sacar del anonimato a los que están sumergidos en el olvido y acercarlos a la luz de la fe. Ella, reuniendo a los hijos, integra a nuestros pueblos en torno a Jesucristo” (Aparecida, n. 265).

- ¹³. El Papa Juan Pablo II en su discurso al laicado en Harare, Zambia, les recordaba” Los laicos no deben considerarse miembros inferiores de la Iglesia. Todos gozan de igual dignidad cristiana en la única comunidad de fe. Todo el Pueblo de Dios está llamado a la santidad en la fe, la esperanza y la caridad” (11-9-1988) y frente al peligro de distorsionar la vocación laical, el mismo Santo Padre, advertía: “Querer confiar a los laicos lo que está reservado sólo a los sacerdotes sería perjudicial para la riqueza de la comunidad eclesial y su multiplicidad y, a la vez constituiría la negación de la división de las tareas en la Iglesia que derivan de la ordenación sagrada. Esto significaría, de igual forma, atentar contra el papel propio de los laicos, invadiendo sus campos de acción en la Iglesia. Atribuir a los laicos funciones sacerdotales podría parecer una solución interesante para algunas necesidades de este momento, pero el resultado final sería que la comunidad eclesial en su conjunto se empobreciera más” (Discurso a la Conferencia de los Países Bajos, en Visita ad Limina, 11-1-1993). Además, en la Exhortación Apostólica *Christifideles laici*, Juan Pablo II, delinea, admirablemente la vocación laical, con su presencia múltiple en todos los espacios de la vida humana y con el precioso aporte de la laicidad (Cfr. N. 15).
- ¹⁴. Proclamamos con alegría el valor de la familia en América Latina y El Caribe. Afirma el Papa Benedicto XVI que la familia “patrimonio de la humanidad, constituye uno de los tesoros más importantes de los pueblos latinoamericanos y caribeños. Ella ha sido y es escuela de la fe, palestra de valores humanos y cívicos, hogar en que la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente... La familia es insustituible para la serenidad personal y para la educación de sus hijos” (Aparecida, n. 114).
1. Agradecemos a Cristo que nos revela que “Dios es amor y vive en sí mismo un misterio personal de amor y optando por vivir en familia en medio de nosotros, la eleva a la dignidad de ‘Iglesia Doméstica’” (Aparecida, n. 115).
 2. Bendecimos a Dios por haber creado al ser humano varón y mujer, aunque hoy se quiera confundir esta verdad: “Creó Dios a los seres humanos a su imagen; a imagen de Dios los creó, varón y mujer los creó” (Gn 1, 27). Pertenece a la naturaleza humana el que el varón y la mujer busquen el uno en el otro su reciprocidad y complementariedad” (Aparecida, n. 116).
 3. El ser amados por Dios nos llena de alegría. El amor humano encuentra su plenitud cuando participa del amor divino, del amor de Jesús que se entrega solidariamente por nosotros en su amor pleno hasta el fin (cf. Jn 13, 1; 15,9). El amor conyugal es la donación recíproca entre un varón y una mujer, los esposos: es fiel y exclusivo hasta la muerte y fecundo, abierto a la vida y a la educación de los hijos, asemejándose al amor fecundo de la Santísima Trinidad¹. El amor conyugal es asumido en el Sacramento del Matrimonio para significar la unión de Cristo con su Iglesia, por eso en la gracia de Jesucristo encuentra su purificación, alimento y plenitud” (cf. Ef. 5, 25-33) (Aparecida, 117).
 4. En el seno de una familia la persona descubre los motivos y el camino para pertenecer a la familia de Dios. De ella recibimos la vida, la primera experiencia del amor y de la fe. El gran tesoro de la educación de los hijos en la fe consiste en la experiencia de una vida familiar que recibe la fe, la conserva, la celebra, la transmite y testimonia. Los padres deben tomar nueva conciencia de su gozosa e irrenunciable responsabilidad en la formación integral de sus hijos (118).

5. Dios ama nuestras familias, a pesar de tantas heridas y divisiones. La presencia invocada de Cristo a través de la oración en familia nos ayuda a superar los problemas, a sanar las heridas y abre caminos de esperanza. Muchos vacíos de hogar pueden ser atenuados por servicios que presta la comunidad eclesial, familia de familias (Aparecida, 119).

15. Responsabilidad de los laicos ante el desafío de una Nueva Evangelización.

La parábola del buen samaritano nos descubre la situación del hombre y urge a los laicos a cumplir su específica misión.

El mundo moderno ofrece una radical paradoja: a la vez que exalta la dignidad de la persona humana y proclama sus derechos, lo reduce de múltiples formas: económicas, políticas y culturales. Para el creyente la cultura secular, que pretende exaltar al hombre, hasta "creer" que puede prescindir de creer en Dios²¹⁶, le hace sufrir una nueva reducción: reduce al hombre "a su dimensión horizontal"²¹⁷.

En un mundo secularizado la tentación del creyente es reducir el cristianismo y la evangelización a lo que la cultura actual puede comprender. Esta adecuación significaría una reducción del evangelio confiado por Jesucristo a la Iglesia²¹⁸.

Los cristianos laicos, nuevos samaritanos

Si ayer la tentación de los cristianos pudo ser reducir el cristianismo al culto, hoy es, sin duda, la de separar la fe de los diversos ámbitos de la vida: familia, profesión, economía, política... La parábola del buen samaritano nos revela que el hombre concreto, reducido, es el camino de la Iglesia.

Hoy la Iglesia ha de recorrer de nuevo viejos caminos y emprender otros nuevos que se abren en nuestro tiempo a la evangelización: la familia, la juventud, el trabajo, la política, los medios de comunicación.

Los cristianos laicos son la Iglesia en estos caminos de la historia, en los diversos escenarios de la sociedad secular²¹⁹. Los laicos han de acompañar y aun cargar sobre sus hombros a los hombres reducidos, para conducirles hasta su destino: la plenitud de ser hijos de Dios. El compromiso de los laicos en las realidades seculares garantizará, a un tiempo, la secularidad, el valor humano de las realidades temporales, y su dimensión trascendente, sin confusión ni separación²²⁰.

Ciertamente "grava sobre todos los laicos la gloriosa carga de trabajar para que el designio de salvación alcance cada día más a todos los hombres de todos los tiempos y de toda la tierra"²²¹. En un mundo secular los laicos -hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos-²²², son los nuevos samaritanos, protagonistas de la nueva evangelización, con el Espíritu Santo que se les ha dado. El Espíritu Santo impulsa a los evangelizadores y hace que se conviertan, comprendan y acepten el evangelio que se les propone²²³. La nueva evangelización se hará, sobre todo, por los laicos, o no se hará" (Conferencia Episcopal Española, Los cristianos laicos. Iglesia en el mundo, Madrid, 19 de noviembre de 1991, nn. 145 a 148).

16. Según el principio enunciado por el Sínodo de 1987 y recogido por la Christifideles laici (n.51) las mujeres participan de la vida de la Iglesia sin ninguna discriminación,

también en las consultaciones y en la elaboración de las decisiones. De ahí que las mujeres tengan la posibilidad de participar en los varios consejos pastorales diocesanos y parroquiales, así como en los sínodos diocesanos y en los concilios particulares. Más aún, según la propuesta del Sínodo, las mujeres deben ser asociadas a la preparación de los documentos pastorales y deben ser reconocidas como cooperadoras de la misión de la Iglesia en la familia, en la profesión y en la sociedad civil " (Juan Pablo II, Audiencia General, 13 7 1994).

17. La Iglesia respeta verdaderamente la cultura de cada pueblo. Al ofrecer el mensaje del Evangelio, la Iglesia no trata de destruir o abolir lo que es bueno y hermoso. La Iglesia viene a traer a Cristo, no viene a traer la cultura de otra raza" (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de Nigeria en Lagos, 16 2 1982) después de haber insistido en distintas ocasiones que en la inculturación y en la nueva evangelización, no se cambia el Evangelio, se busca adaptar el lenguaje a las situaciones concretas de cada lugar, afirmaba que el Evangelio no hace violencia a las culturas, sino que propone libremente el mensaje salvífico y liberador (Cfr. Juan Pablo II, Discurso al Consejo para la Cultura, 17 1 1987).
18. H.U. Von Balthasar, Al comentar el carácter pastoral del magisterio de Juan XXIII afirmaba: "Tampoco puede haber una diferencia esencial (dogmática) entre una proclamación dogmática y una proclamación pastoral del magisterio eclesiástico. Esta diferencia no puede hallarse en la diferencia entre la verdad teórica y la verdad práctica y existencial... Tal diferencia entre lo dogmático y lo pastoral tampoco puede justificarse explicando que una proclamación dogmática se apoyaría más en las formas de pensamiento y el vocabulario de la Escritura y una proclamación pastoral en las formas de pensamiento y el vocabulario de la humanidad actual. Puesto que, antes que nada, toda formulación dogmática de la Iglesia es necesariamente también expresión de su caridad pastoral (del mismo modo como la verdad de Cristo era constantemente en su ser y en su palabra, la expresión del cuidado pastoral de Dios...). Toda proclamación en la que la Iglesia compromete su plena responsabilidad, incluso si esa proclamación se llama pastoral, no puede provenir más que de la misión de verdad de la Iglesia, y esta misión no puede apartarse de la misión pastoral" (Citado por Botella C. V., el Vaticano II ante el reto del tercer milenio, Ed. Edibesa, Madrid, 1999, pg. 110).
19. "Al iniciarse el Concilio Ecuménico Vaticano II es evidente como nunca que la verdad del Señor permanece siempre. Vemos, en efecto, al pasar de un tiempo a otro, que las opiniones de los hombres se suceden excluyéndose mutuamente y que los errores, apenas nacidos, se desvanecen como la niebla ante el sol. Frecuentemente se opuso la Iglesia a estos errores. Frecuentemente los condenó con la máxima severidad. En nuestro tiempo, sin embargo, la esposa de Cristo prefiere usar de la medicina de la misericordia más que de la severidad" (Juan XXIII, Discurso Inaugural del Concilio Vaticano II: Gaudet Mater Ecclesia, n. 15).
20. Juan Pablo II en el caso de Galileo: Con motivo de la visita de Einstein a la Academia de Ciencias (noviembre de 1979), el Santo Padre solicita al Cardenal Poupard, presidente del Consejo para la Cultura, reabrir el caso de Galileo. Obtenidos los resultados, el Papa pide perdón por las graves equivocaciones de quienes lo condenaron, los sufrimientos que le causaron y el daño terrible que le causaron a la Iglesia, al colocarla como enemiga de la ciencia y oscurantista frente a los adelantos de la humanidad.

El Santo Padre, al pedir perdón saca unas conclusiones, que han de volverse norma del futuro, para que nunca más se vuelvan a repetir estos dolorosos casos. El Papa insiste en la necesidad de clarificar los métodos de investigación, respetar las autonomías, tanto de la ciencia, como de la teología y fortalecer el discurso interdisciplinar que permita un constructivo diálogo entre fe y ciencia (Cfr. Accattoli L., o.c., págs. 105 -113).

21. Si bien la Iglesia reconoce la legítima autonomía de la acción política (Cfr. GS, n. 76), sin embargo, los fieles laicos de ningún modo pueden abdicar a la participación en la política, es decir, de la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común (Juan Pablo II, Discurso a los Obispos de Uruguay, 16^o 10 1989).
22. La Eucaristía, Don gratuito de la Santísima Trinidad: En la Eucaristía se revela el designio de amor que guía toda la historia de la salvación (cf. *Ef.* 1,10; 3,8-11). En ella, el *Deus Trinitas*, que en sí mismo es amor (cf. *1 Jn* 4,7-8), se une plenamente a nuestra condición humana. En el pan y en el vino, bajo cuya apariencia Cristo se nos entrega en la cena pascual (cf. *Lc.* 22,14-20; *1 Co* 11,23-26), nos llega toda la vida divina y se comparte con nosotros en la forma del Sacramento. Dios es comunión perfecta de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Ya en la creación, el hombre fue llamado a compartir en cierta medida el aliento vital de Dios (cf. *Gn* 2,7). Pero es en Cristo muerto y resucitado, y en la efusión del Espíritu Santo que se nos da sin medida (cf. *Jn* 3,34), donde nos convertimos en verdaderos partícipes de la intimidad divina. Jesucristo, pues, « que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha » (*Hb* 9,14), nos comunica la misma vida divina en el don eucarístico. Se trata de un don absolutamente gratuito, que se debe sólo a las promesas de Dios, cumplidas por encima de toda medida. La Iglesia, con obediencia fiel, acoge, celebra y adora este don. El «misterio de la fe» es misterio del amor trinitario, en el cual, por gracia, estamos llamados a participar. Por tanto, también nosotros hemos de exclamar con san Agustín: «Ves la Trinidad si ves el amor» (Benedicto XVI, Exhortación Apostólica Sacramento de Amor, n. 8).
23. En la Encíclica *Ecclesiam Suam*, Pablo VI ofrece el modelo de relaciones, tanto dentro como fuera de la Iglesia: el diálogo. El Papa se propone una forma nueva de relaciones, que busca responder a la sensibilidad del momento presente, lejos de definiciones, que en vez de acercar alejan, sin renunciar a la verdad. El diálogo, que propone el Santo Padre, no busca acallar la voz de la Iglesia, sino hacerla resonar de forma.

Para Pablo VI, "Esta forma de relación exige por parte del que la entabla un propósito de corrección, de estima, de simpatía y de bondad; excluye la condenación apriorística, la polémica ofensiva y habitual, la vanidad de la conversación inútil. Si es verdad que no trata de obtener inmediatamente la conversión del interlocutor, porque respeta su dignidad y su libertad, busca, sin embargo, su provecho y quisiera disponerlo a una comunión más plena de sentimientos y convicciones (n. 81).

El diálogo supone claridad, mansedumbre, confianza, prudencia. Dice Pablo VI: ". El coloquio es, por lo tanto, un modo de ejercitar la misión apostólica; es un arte de comunicación espiritual. Sus caracteres son los siguientes: 1) *La claridad* ante todo: el diálogo supone y exige la inteligibilidad: es un intercambio de pensamiento, es una invitación al ejercicio de las facultades superiores del hombre; bastaría este solo título para clasificarlo entre los mejores fenómenos de la actividad y cultura humana, y basta esta su exigencia inicial para estimular nuestra diligencia apostólica a que se revisen

todas las formas de nuestro lenguaje, viendo si es comprensible, si es popular, si es selecto. 2) Otro carácter es, además, la *afabilidad*, la que Cristo nos exhortó a aprender de El mismo: *Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón*; el diálogo no es orgulloso, no es hiriente, no es ofensivo. Su autoridad es intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que propone; no es un mandato ni una imposición. Es pacífico, evita los modos violentos, es paciente, es generoso. 3) *La confianza*, tanto en el valor de la propia palabra como en la disposición para acogerla por parte del interlocutor; promueve la familiaridad y la amistad; entrelaza los espíritus por una mutua adhesión a un Bien, que excluye todo fin egoístico. 4) Finalmente, la *prudencia* pedagógica, que tiene muy en cuenta las condiciones psicológicas y morales del que oye: si es un niño, si es una persona ruda, si no está preparada, si es desconfiada, hostil; y si se esfuerza por conocer su sensibilidad y por adaptarse razonablemente y modificar las formas de la propia presentación para no serle molesto e incomprensible (nn. 83 y 84). Cuando el diálogo se realiza así se realiza la unión de la verdad con la caridad, de la inteligencia con el amor (n. 85).

24. La Iglesia, signo universal de salvación: La Iglesia, en primer lugar, es sacramento de la salvación, a saber, es causa eficiente e instrumental de la comunión de los hombres con Dios y entre sí. Para que la Iglesia sea eficaz ha de estar al servicio del Reino, ya establecido por Cristo, pero todavía no en su plenitud. El quehacer de la Iglesia es anunciar, con palabras y hechos, que se haga presente la resurrección de Jesús y el don del Espíritu.

En segundo lugar, la salvación de la Iglesia es universal, es decir, no se extiende sólo a sus miembros sino a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos y de todos los espacios. Finalmente, la Iglesia es sacramento visible de la unidad que nos salva (LG 9), es sacramento de unidad.

Esta conciencia de ser sacramento universal de salvación, nos lleva al reto de hacer de nuestras Iglesias Particulares, espacios de acogida, donde todos y todas se sientan a gusto, una Iglesia hogar para todos, con algunas características particulares:

Para anunciar el evangelio somos una Iglesia hogar, en donde:

- Para nuestras comunidades desarticuladas, humilladas y aprisionadas por estructuras de egoísmo y competencia, nosotros, como Iglesia, a ejemplo de la primera comunidad cristiana de Jerusalén (Hech 2,42-47), nos convertimos en un espacio de fraternidad, que acoge a las personas y les ofrece la posibilidad de integrarse a una familia-comunidad de hermanos y hermanas.
- Somos un espacio donde cada uno y cada una se sienta tenido en cuenta según sus capacidades, donde se respeta y valora con la misma dignidad a todas las personas y; a su vez, a cada uno y a cada una en sus diferencias.
- En medio de tanta gente marcada por la represión y el miedo, y por la mutua desconfianza, nuestra Iglesia hogar ofrece a todos un espacio en donde se puedan compartir las penas y las esperanzas.
- Nuestra Iglesia hogar es una comunidad en la que todos nos sentimos partícipes y corresponsales, teniendo en cuenta la diversidad de los carismas con que el Espíritu Santo la ha enriquecido.

- Siguiendo el ejemplo del Señor Jesús, que se hizo el servidor de todos (Jn 13,1-15), entre los miembros de nuestra comunidad debe reinar el espíritu de servicio, por el cual el que quiera ser el primero debe ser el servidor de los demás (Mt 23,1-12).
25. La Iglesia que está animada de la fe escatológica, considera esta solicitud (iluminar realidades temporales) por el hombre y por la humanidad, y por el futuro del hombre sobre la tierra, y consiguientemente, también por la orientación de todo el desarrollo, como elemento esencial de su misión, indisolublemente unido con ella" (Redemptor hominis (n. 15f).
 26. La política tiene una dimensión ética esencial, porque es ante todo un servicio al hombre. La Iglesia, como depositaria del mensaje de salvación, puede y debe recordar a los hombres, y en particular a los gobernantes, cuáles son sus deberes éticos fundamentales en esta búsqueda del bien de todos (Juan Pablo II, Discurso en Asunción 15 5 1988).
 27. Uno de los problemas más delicados del momento actual es el del lenguaje, ya que éste expresa la propia identidad de la Iglesia para el cumplimiento de su misión. El lenguaje oral o escrito no es sólo una herramienta para cumplir la misión de la Iglesia, para transmitir el mensaje evangélico. Sirve también para expresar la autoconciencia de la Iglesia.

Existe el peligro que el lenguaje teológico esté ausente de la experiencia religiosa del pueblo y venga a convertirse en un lenguaje técnico, accesible a unos pocos, privado de la experiencia popular de Dios. Se corre el riesgo de un lenguaje demasiado secular, que con eufemismos oculta las verdades radicales y, de alguna manera, molestas para la sensibilidad de la época, con una tendencia a "dar gusto", "hacerse amable", "hacerse simpática.

Unido a este peligro está otro problema: la ausencia de los símbolos y ritos religiosos, ya que estos son lenguajes que rompen los límites de lo empírico para introducirnos en el ámbito de lo trascendente. Lo que no pueden expresar las palabras lo expresan los símbolos.

Pero los símbolos y signos tampoco son significativos por sí mismos, ya que deben estar en deuda con una cosmovisión, con una cultura, con una sensibilidad histórica.

Estamos ante un reto formidable, en este cambio de época, que trae nuevos paradigmas y nuevas cosmovisiones: comprender a fondo las culturas actuales porque los símbolos y ritos están en íntima relación con la cultura actual, nacida de ella mismas.

Además, los símbolos y rituales tampoco son significativos por sí mismos. Todo símbolo y todo ritual está en deuda con una cultura y una sensibilidad histórica, con unas experiencias existenciales y sólo resultan significativos en este contexto. Por eso, símbolos y ritos están sujetos a la reinterpretación y creación constante, a la ley de la actualización y no de la repetición (Cfr. Universidad Pontificia de Salamanca. Retos a la Iglesia al comienzo de un nuevo milenio, Ed. Verbo Divina, Navarra, 2000).

Esta problemática está en relación directa con una necesidad fundamental: *la inculturación de la liturgia* y tengo la impresión que no hemos descubierto, ni nosotros,

ni la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, vemos la urgencia de esta inculturación para la evangelización del momento presente Percibo, que al respecto hay muchos temores.

28. La mejor descripción de la espiritualidad de comunión la he encontrado en Juan Pablo II: Dice el Papa:¹La espiritualidad de comunión significa:

- Significa una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado.
- Significa capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo Místico y, por tanto, uno que me pertenece, para saber compartir sus alegrías y sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.
- Significa capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un don para mí, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente.
- Significa dar espacio al hermano llevando mutuamente la carga de los otros y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos acechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidia.

Significa el compromiso de los cristianos para hacer el mundo cada vez más humano e implica construir la civilización del amor que supone evangelizar en profundidad la cultura y las culturas del hombre (Juan Pablo II, Carta al comienzo del Nuevo Milenio, n. 43).

29. Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia" (Gaudium et spes, n. 1).

30. Por ello, el Concilio Vaticano II, tras haber profundizado en el misterio de la Iglesia, se dirige ahora no sólo a los hijos de la Iglesia católica y a cuantos invocan a Cristo, sino a todos los hombres, con el deseo de anunciar a todos cómo entiende la presencia y la acción de la Iglesia en el mundo actual.

Tiene pues, ante sí la Iglesia al mundo, esto es, la entera familia humana con el conjunto universal de las realidades entre las que ésta vive; el mundo, teatro de la historia humana, con sus afanes, fracasos y victorias; el mundo, que los cristianos creen fundado y conservado por el amor del Creador, esclavizado bajo la servidumbre del pecado, pero liberado por Cristo, crucificado y resucitado, roto el poder del demonio, para que el mundo se transforme según el propósito divino y llegue a su consumación" (Gaudium et spes, n. 2).

31. “La iglesia considera el reto de promoverla paz como un deber frente a Dios, el señor de la vida y como un inexorable servicio de amor hacia cada uno de los hombres mujeres y niños de esta tierra” (Juan Pablo II, Mensaje a Japón, 6-8-1985).

La paz, el gran anhelo de todo hombre y de toda mujer se edifica, día tras día, con la aportación de todos, aprovechando la admirable herencia que nos legó el Concilio Vaticano II con la Constitución *Gaudium et Spes*, donde se afirma, entre otras cosas, que la humanidad no logrará construir un mundo más humano, en todos los lugares de la tierra, a no ser que todos, con espíritu renovado, se conviertan a la verdad n.7”(Benedicto XVI, Homilía en la solemnidad de la Madre de Dios, XXXIX Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero de 2006).

Un problema muy grave, en el que podemos car nosotros, es el de considerar que la paz depende totalmente de nuestros esfuerzos y olvidar que es un don de Dios, que exige una respuesta humana, ciertamente, pero es, sobre todo, gracia.

El Cardenal Ratzinger hace notar como “al comienzo de la era cristiana los creyentes formaban un grupo marginal sin ninguna importancia política. Ni siquiera podían colaborar activamente en la gestión de los asuntos públicos. Sin embargo, la paz de Cristo no era para ellos algo exclusivamente interno ni algo solo perteneciente al futuro, Las primeras palabras del resucitado a sus desconcertados discípulos fueron; “Paz a vosotros” (Jn 20, 19). En cada asamblea eucarística se repetía para ellos el acontecimiento de la tarde de Pascua: el resucitado entraba donde estaban reunidos sus discípulos y les decía: Paz a vosotros. En esta celebración pascual de ellos, de la que propiamente vivía la Iglesia, experimentaron que la palabra del apóstol era cierta: Cristo es nuestra paz (Ef. 2, 14). Aquí encontraban el nuevo espacio de paz, en el que la fe les había introducido: la reconciliación entre esclavos y libres, griegos y bárbaros, judíos y gentiles (cfr. Ga 3, 28). Ellos, que en la sociedad de entonces, estaban profundamente separados, formaban aquí una unidad: el nuevo hombre Jesucristo, que los unía unos a otros con la fuerza del Padre (cfr Ga 3, 17.28). Por eso la celebración de la Eucaristía muchas veces era denominada, simplemente, como “Paz”: porque ella era la presencia de Cristo y, con ello, espacio de una nueva paz, espacio de una hospitalidad superadora de todas las barreras, y en la que cualquiera se encontraba en casa. Los obispos de toda la tierra anunciaban unos a otros su elección por medio de cartas de paz. Quien en cualquier lugar iba a los cristianos con una carta de paz, se encontraba en familia en todas partes, como hermano entre hermanos. De ese modo, precisamente con lo más profundo de su fe, con la asamblea eucarística, hicieron los antiguos cristianos algo que también tiene una gran importancia política: crearon espacios de paz y, igualmente, sendas de paz en un mundo carente de paz” (Ratzinger J., *La Eucaristía Centro de la Vida*, Ed. EDICEP; Sevilla, 2003, págs. 130 a 131).

Donde existe esta paz: en primer lugar, se deja todo aquello que podríamos aún legítimamente conseguir, para comenzar de nuevo, no de acuerdo a nuestros criterios, sino a los del Señor y, en segundo lugar, nuestro corazón se inflama del amor que nos hace generosos y que se irradia a la luz de la bondad en el mundo para conseguir la paz, una paz duradera, una paz estable, una paz que no deja heridas, ni rencores, una paz que hace caer las barreras, los obstáculos, los prejuicios y brilla engalardonada por la justicia y la verdad.

32. Nuestra opción por los pobres no es excluyente ni exclusiva, sino preferencial, a ejemplo de Jesús y nos inspiramos en Él para toda acción evangelizadora, comunitaria y personal (Cfr. Puebla 1147)

- La Iglesia ha optado por los pobres, pero no con una opción de clase (Cfr. Puebla 1141-1152; Santo Domingo 111; 178; 243), ni por motivos sociopolíticos, ideológicos o sólo humanistas, sino como la que hizo Jesucristo. El motivo que la mueve no es sólo, una compasión humanista, por elevada que fuese, sino seguir a Cristo, como el cuerpo a su cabeza.
- En la opción preferencial por los pobres la Iglesia escucha las palabras de San Pablo: “ya conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para enriqueceros con su pobreza” (2 Cor. 8, 9). Más aun, identificó su misión por la unción del Espíritu como la de anunciar a los pobres la Buena Nueva (Cfr. Lc. 4, 18; Mt. 11, 5).
- Juan XXII afirmó en su Discurso del 11-09-1962): “Frente a los países subdesarrollados, la Iglesia es y quiere ser la Iglesia de todos, pero en particular, la Iglesia de los pobres”.
- Según la enseñanza de Jesús, es indudable que él mismo tomó la opción preferencial por los pobres; quiso libremente identificarse con todos los hombres, pero especialmente con los pobres y marginados: amaba a los que carecían de recursos, no tenían voz y no contaban a los ojos del mundo, pero en cambio sabían abrir su corazón a Dios.
- Juan Pablo II nos indica claramente quienes son los pobres:
 - Los pobres de espíritu, es decir, aquellos que como María, tienen por única riqueza la palabra de Dios, viven agradecidos a él por sus dones, y están abiertos a servir en sus hermanos, sin interés ninguno; saben vivir con dignidad humana y están dispuesto a compartir con los demás los bienes que de Dios han recibido, sabiendo desprenderse aún de lo poco que tienen, a favor de los más necesitados. Éstos subordinan los bienes de la tierra al Reino de Dios. Jesús los llamó bienaventurados.
 - Hay una pobreza más honda que necesita ser redimida: la falta de valores morales en la conciencia, que viola lo más íntimo del santuario de la dignidad de la persona y, aunque tenga muchos bienes, en realidad es muy pobre en criterios humanos y morales.
 - La pobreza económica y social de los carecen de lo más necesario en este mundo y del aprecio y reconocimiento de su dignidad humana. Muchos de ellos son vistos por los dirigentes de la economía en la sociedad simplemente como instrumentos de producción, o sencillamente no se les toma en cuenta.
 - La más radical de todas las pobrezas es la del corazón humano que carece de Dios. <Hay ricos que son terriblemente pobres>, exclama el Papa. Son personas con un corazón esclavizado al poder, a los placeres, al dinero, que desconocen su propia dignidad como hijos de Dios, el destino de su existencia y por eso carecen de esperanza.

Como Iglesia, trabajamos con los pobres y los acompañamos en el camino evangélico de su liberación personal y comunitaria, tanto espiritual como material, para que sean sujetos de historia. De manera particular colaboramos con ellos para que descubran que

la riqueza humana más elevada no consiste en tener cosas materiales, sino que es la propia dignidad como seres humanos e hijos de Dios.

En el proceso de promoción humana consideramos que lo más importante es, en primer lugar, que las personas sean concientes de su propia dignidad y estén en capacidad de exigir se les respete, empezando por respetarse a sí mismas. Apoyamos todos los procesos de formación y somos conscientes que para orientar la acción del cristiano es fundamental que conozcan y estudien, tanto individualmente como en grupos, la Doctrina Social de la Iglesia (Cfr. Medellín I, 18.22; 5, 8; Puebla 472-476; 511; 538-540; 793, 1008, 1196; Santo Domingo 50; 98; 168; 190; 193; 200; EA (Ecclesia in America) 16).

Igualmente, asumimos una vida pobre y evitamos todo lujo o expresión de poder que pueda ofender. Nos acercamos evangélicamente a los ricos, a los políticos y a todos aquellos que tienen la capacidad de incidir en las instituciones nacionales e internacionales y los estimulamos para que se comprometan a favor de la justicia. Nuestra opción por los pobres sigue las huellas de Jesús el Buen Pastor y, por lo tanto, nos acercamos también, con libertad, a los grupos armados para buscar el diálogo y caminos de paz y para anunciarles también la Buena Nueva de salvación. Tenemos siempre “abiertas todas las puertas y ventanas de cada una de nuestras Diócesis” para acoger a todos sin discriminación y a todos anunciarles la Buena Nueva de salvación y a todos les recordamos que en nuestra opción preferencial por los pobres excluimos todo tipo de violencia.

33. Las Diócesis han de ver en los jóvenes de ambos sexos una enorme fuerza renovadora. Son para ellas esperanza y potencial de evangelización para el presente y futuro de la Iglesia. Por eso con Puebla se ha de renovar la opción preferencial por ellos y buscar desarrollar un trabajo orgánico y dinámico para la formación y capacitación de la juventud.

Inspirada en la espiritualidad de comunión, con características propias del mundo juvenil, acompaña a los jóvenes de ambos sexos en un itinerario que los lleva a elaborar una síntesis entre fe y vida, a valorar la cotidianidad y a optar por la vida, no fragmentada sino proyectada como vocación, que quiere decir aceptar la llamada a trabajar como constructores de humanidad de justicia y de paz.

En el camino de madurez, la pastoral juvenil privilegia la alegría de vivir, el esfuerzo constante de crecimiento y el encuentro personal con Jesús Resucitado que invita a vivir en la Iglesia con la riqueza de los sacramentos, la oración y la presencia de María, la Madre del Señor. En la totalidad de este camino de irse haciendo persona, la pastoral juvenil presta atención especial a tres núcleos importantes de la educación en la fe: la formación de la conciencia crítica, la educación en el amor y la dimensión social de la caridad, con los compromisos propios de opciones sociopolíticas acordes a su edad. La columna vertebral y la meta también de todo el itinerario de formación en la pastoral juvenil es la dimensión vocacional, que ayuda a los jóvenes de ambos sexos a colocarse frente al propio futuro con actitud responsable y generosidad; los predispone a escuchar la voz de Dios y los acompaña en la formulación del propio proyecto de vida.

Todo el trabajo y caminar de la pastoral juvenil encuentra en la experiencia asociativa el lugar privilegiado para la formación y la acción. El asociacionismo juvenil ayuda a desarrollar la capacidad de percibir y de vivir en profundidad el valor del otro y de la

comunidad, como tejido de relaciones interpersonales; a madurar en la disponibilidad a participar y a intervenir activamente en el propio ambiente; a iniciar el compromiso social, educando en la responsabilidad del bien común; a profundizar en la experiencia de Iglesia como comunión, participación y servicio; y a descubrir y madurar la propia decisión vocacional en el conjunto eclesial y social.

En este trabajo de acompañamiento es indispensable *pasar de dos concepciones de juventud* ya superadas

- *La cultura juvenil postfigurativa*, en la que el futuro de los niños y jóvenes está plasmado en el pasado de los adultos, pues la esencia de esa cultura reside en el convencimiento de que la forma de vivir y de saber de los mayores, sigue siendo válida.
- *La cultura juvenil configurativa*, en la que el modelo de los comportamientos lo constituye la conducta de los contemporáneos; en ella, según los adultos, los jóvenes pueden introducir algunos cambios en sus comportamientos no distantes de los mayores.

A una concepción nueva, hoy imperante, que se denomina:

- cultura juvenil prefigurativa, que se caracteriza como aquella en la que pares reemplazan a los padres, instaurando una ruptura generacional sin parangón en la historia, pues señala no un cambio de viejos <contenidos a nuevas formas, o viceversa, sino un cambio de época, en el que domina la naturaleza del proceso; son culturas mutantes donde los jóvenes emigran en el tiempo, compartiendo las mismas leyendas y sin modelos para el futuro, en donde más que narrar sus experiencias en las secuencias lineales que dicta la palabra impresa”, **la expresan a través de la estética**, llena de signos y símbolos, de visión, de audición, de tacto y de velocidad, sin interesarse de la historia, de los relatos de las instituciones, viviendo un presente rápido y fugaz.

Es necesario comprender con simpatía las culturas juveniles para poder hacer un anuncio inculturado e *Imitar al Papa Juan Pablo II* en su relación con los jóvenes.

Llama mucho la atención el impacto tan positivo del Santo Padre en los jóvenes. Basta pensar en Denver, 1993, en París, 1977, en Tor Vergara, durante el Jubileo 2000, ante dos millones de jóvenes, el Papa fue aclamado estrepitosamente y seguidas sus palabras con respeto y admiración. ¿Qué hay en este hombre anciano, con dificultades para hablar, que produce tanto impacto en la juventud?

Cuatro aspectos importantes están presentes y son una invitación y un reto para nosotros:

- Los jóvenes perciben al Santo Padre, como un santo. Descubren en él su gran coherencia entre lo que dice y lo que hace.
- El mensaje del Santo Padre es claro, directo y exigente. Está centrado en Cristo y lo presenta como un reto para escalar las cimas de la perfección humana-cristiana y que responde a los deseos más profundos de los jóvenes de ser libres y de volar.

- El lenguaje del Santo Padre toca la sensibilidad juvenil y está lleno de símbolos que hacen vibrar el corazón de los jóvenes, tales como: “centinelas del mañana”, “sois la juventud de la Iglesia y la Iglesia se hace joven en vosotros”, “a vosotros jóvenes pertenece el futuro”, la juventud es crecimiento que lleva consigo la acumulación gradual de todo lo que es verdadero, bueno y bello”; “no os rindáis, aceptad la fatiga y el esfuerzo”. Es muy conmovedor observar como en las consagraciones a la Virgen de la juventud, el Santo Padre usa siempre la primera persona plural, identificándose así con los jóvenes. Él se siente joven entre los jóvenes.
- Los jóvenes sienten que el Santo Padre los ama, los compromete y confía en ellos.